



CULTURA

“Escipión fue mejor que Napoleón”

Santiago Posteguillo publica *La traición de Roma*, última entrega de una trilogía sobre Publio Cornelio Escipión.

ANTONIO DÍAZ tiempo@gupozeta.es

El imperio romano se llevó todo por delante. Incluso a sus héroes”. Santiago Posteguillo, profesor de la Universidad Jaume I de Castellón y escritor, presenta así en Mérida la publicación de la última entrega de una trilogía dedicada a uno de esos héroes olvidados: Publio Cornelio Escipión, *el Africano*.

Ha empleado seis años de trabajo en componer una novela histórica dividida en tres volúmenes que recorren la vida de este político y militar romano: su juventud, su madurez y su ocaso. En 2006 publicó la primera entrega (*Africanus, el hijo del cónsul*) y dos años después, su continuación (*Las legiones malditas*). Su sello editorial, Ediciones B, calcula que se han vendido más de 100.000 ejemplares de los dos títulos. Ahora cierra el tríptico con *La traición de Roma*, en el que recrea el crepúsculo de la vida de este personaje histórico: desde su retorno a Roma, tras haber vencido a los cartagineses, hasta su muerte, en el año 183 a.C.

Más grande que Napoleón.

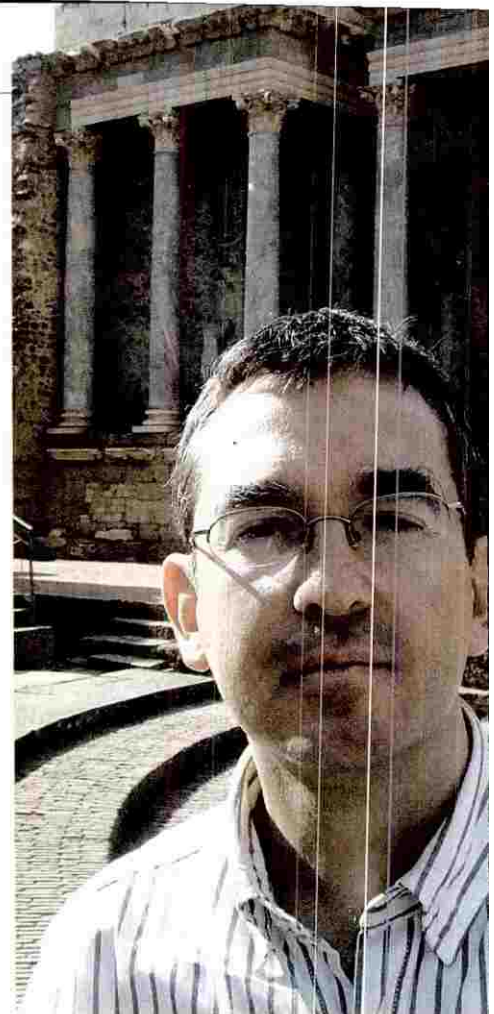
“Tenemos una deuda con Roma – explica en una entrevista concedida a *Tiempo*-. ¿Por qué nos tienen que contar los anglosajones cómo era Roma, cuando ellos sólo eran una pequeña provincia?”, se pregunta, sin por ello despreciar a los historiadores británicos, a los que admira y debe mucho, tal y como se puede comprobar en las bibliografías que acompañan cada uno de los volúmenes. “No hay que olvidar que en Hispania nacieron varios emperadores. Entre ellos, el más grande: Trajano”. Y en Hispania, como es lógico, transcurre gran parte de la trama de esta trilogía centrada en el general que la conquistó y la hizo parte de Roma.

Confiesa que se sintió atraído por el personaje desde el principio: “Fue el mejor general y Roma le pagó los servicios prestados con la traición”. Y no exagera lo más mínimo. Escipión, al mando de

sus tropas, fue el único que pudo parar los pies a la mayor amenaza que sufrió la república de Roma: el cartaginés Aníbal Barca, aquel que atravesó la península ibérica, los Pirineos y los Alpes para llegar a las puertas de Roma en los comienzos de la Segunda Guerra Púnica (año 218 a.C.). Escipión contraatacó con pericia y valentía, conquistando primero Cartago Nova (actual Cartagena, en el año 209 a.C.) y obligando después a los cartagineses a capitular en Zama (actual Túnez, año 202 a.C.). Esas gestas, que son narradas en las dos primeras partes, no fueron suficientes para evitar que Aníbal se llevara la gloria de ser considerado uno de los mejores estrategas de la Historia. “Los historiadores romanos eran muy conscientes de que engrandecer al enemigo derrotado te engrandece a ti mismo. El que mejor lo hizo fue Julio César”. Y parafrasea el título de una de sus obras de referencia, del británico Basil Liddell Hart, para que su exposición sea aún más clara: “Escipión fue más grande que Napoleón. Y que Aníbal, porque ambos fueron derrotados. Pero él fue un general invicto, como Alejandro Magno”.

Pero no sólo sus gestas militares atrajeron la atención de este escritor: “Era un intelectual y sabía que Roma no debería ser ajena a Grecia o estaría mutilada desde el principio. En gran parte fue responsable de que llegara hasta nosotros la cultura griega”. *El Africano* desarrolló, además, una intensa carrera política sostenida en su credibilidad como líder. Y por ello se ganó la enemistad con muchos miembros del Senado y, en consecuencia, la traición. “Su enfrentamiento con Marco Porcio Catón fue brutal. Éste

“¿Por qué nos tienen que contar los anglosajones cómo era Roma?”, se pregunta Posteguillo

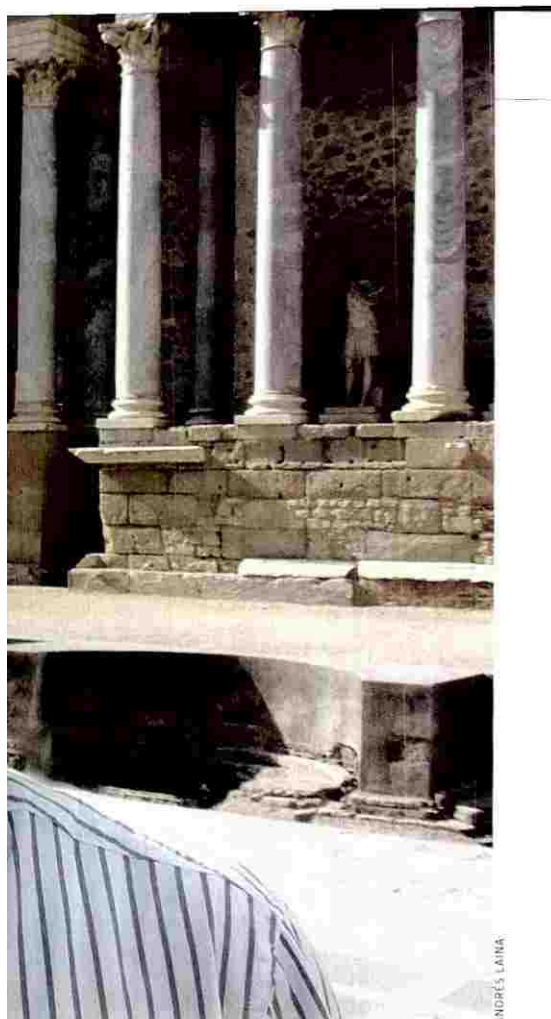


tenía razón en que la República acabaría siendo subvertida en algún momento por alguien que quisiera convertirse en rey, pero se equivocó pensando en que esa persona sería Escipión, que no tenía esa intención”. El pronóstico de Catón se cumplió 150 años después, pero esa es otra historia y deberá ser contada en otro momento.

Enseñar y deleitar.

Santiago Posteguillo sostiene que sus novelas tienen distintos niveles de lectura que le acercan tanto a los neófitos como a los expertos. Además de la épica de las batallas o de las intrigas políticas, la narración está trufada de una profusión de detalles que enriquecen cada una de las escenas. Se ciñe con rigor a los hechos históricos y rellena los huecos con situaciones ficticias que perfectamente podrían ser posibles. Y ese trabajo es fruto de una investigación exhaustiva.

Posteguillo guía una visita muy peculiar por el museo Nacional de Arte Romano de Mérida –obra del arquitecto Rafael Moneo– para mostrar cuál es la rutina investigadora de un novelista. Se mueve con familiaridad por los pasillos de este inmenso edificio, recitando de memoria algunos de los detalles que más le han llamado la atención y explicando a los asistentes sus impresiones frente a cada



ANDRÉS LAINA

vitrina y cada mosaico. “Le debo mucho a este museo”, aclara. A éste, y a los de Tarraco, Cartagena o Numancia, por citar algunos de los que ha frecuentado. Su curiosidad abarca hasta los detalles más nimios.

Ante los restos materiales de la civilización romana, se planteaba dudas que pasarían desapercibidas ante cualquier visitante. Así llegó a conocer cómo los patricios romanos recubrían sus copas de bronce con plomo, para combatir la toxicidad del primero desconociendo la del segundo, y cómo eso “podría explicar la locura de algunos emperadores, que tomaban grandes ingestas de vino y plomo”. Y así, a la vista de retratos romanos, comenzó a investigar cómo se afeitaban los hombres o qué criterios seguían las mujeres para cortarse el pelo. Cuenta, incluso, que en la tienda de este mismo museo adquirió una vez un enorme ejemplar que documentaba a la perfección las prácticas y preferencias sexuales en la Roma Antigua. Y todas esas dudas que le surgen quedan resueltas en sus novelas. “Intento romper con los estereotipos creados y que el lector sienta que le estás guiando con seguridad”. Por eso y porque Posteguillo, como profesor y como amante de la cultura clásica, conoce la importancia de los principios de la retórica: *docere, movere et delectare*. ■